

The diagram features a central point labeled 'X'. Surrounding it are several concentric circles. The circles are labeled with numbers: '10' is on the first circle from the center, '9' on the second, '8' on the third, '7' on the fourth, '6' on the fifth, '5' on the sixth, '4' on the seventh, '3' on the eighth, '2' on the ninth, and '1' on the tenth. There are also several small white circles scattered across the diagram, some of which appear to be tangent to the larger circles. The entire diagram is set against a black background, which is itself centered within a larger grey circle.

**Michael Lawson**  
**El círculo interno**

Joe DeMarco intenta llevar una vida normal. Pero su apellido italiano ligado a la Mafia hace que la gente espere ciertas cosas de él.

Como el portavoz de la Cámara de Representantes, J.F. Mahoney, experto en sacar rédito político de los trapos sucios del Congreso, que quiere que DeMarco averigüe qué hay detrás del fallido intento de asesinato del presidente de Estados Unidos y por qué una carta que avisaba del atentado fue bloqueada por el propio Servicio Secreto.

Para ello DeMarco contará con la ayuda de Emma, una exespía de la Agencia de Inteligencia de la Defensa, versada en el arte de matar. DeMarco y Emma se embarcarán en una investigación que les llevará desde los despachos del Servicio Secreto y el FBI hasta los pantanos de Georgia, para remontarse a uno de los misterios políticos más explosivos del siglo XX.

*Para mi padre,  
Bernard Norman Lawson,  
1924 - 2004*

## PRÓLOGO

El vídeo comienza con la imagen del presidente encaminándose hacia un helicóptero de los marines.

Detrás de la aeronave se ven los rápidos del río Chattooga, y al fondo un espeso pinar sobre un risco escarpado que se eleva abruptamente sobre el río. El presidente va vestido con unos pantalones caqui, una camiseta azul y unas botas de montaña. Encima de la camiseta lleva un chaleco de pesca con múltiples bolsillos para guardar aparejos. Parece relajado y avanza a paso lento. Sonríe y saluda una vez en dirección a la cámara antes de dejar de prestarle atención. En el tercer año de su primer mandato se siente cómodo con el poder que ostenta, y no le intimida verse observado en todo momento por los medios.

Lo escoltan cuatro agentes del Servicio Secreto, dos delante y dos detrás de él. Van todos con un anorak azul oscuro idéntico y gafas de sol. Un golpe de viento pone al descubierto el arma automática que uno de ellos lleva en bandolera bajo la prenda impermeable.

El presidente tiene a su derecha al escritor Philip Montgomery, que también va vestido con ropa de abrigo, si bien su atuendo tiene un aspecto más vivido que el del presidente. Montgomery, que va hablando con él mientras camina, mira hacia la cámara en un momento dado y separa las manos como si ilustrara el tamaño de un pez grande. El presidente sacude la cabeza y masculla algo, sin apenas mover los labios. Su acompañante se echa a reír, inclinando la cabeza hacia atrás.

A medida que el grupo de hombres se aproxima al helicóptero, pasan bajo la sombra que proyecta el risco situado al otro lado del río. Uno de los agentes del Servicio Secreto que va delante del presidente, el que queda a la derecha, se quita las gafas de sol. Tras plegarlas rápidamente, intenta guardarlas en un bolsillo del anorak, pero no acierta a meterlas en su sitio y se le caen al suelo. El agente se apresura a agacharse pero Philip Montgomery, que sigue conversando con el presidente con la vista a la izquierda en lugar de ir mirando al frente, choca contra el trasero del agente en el momento en que este coge las gafas del suelo. A consecuencia del choque, el agente sale disparado hacia delante y casi se cae de bruces, mientras que Montgomery pierde el equilibrio y tropieza con el presidente.

Esta reacción en cadena de torpezas habría tenido su gracia, hasta el punto de convertirse en un motivo de comentarios jocosos por parte de los presentadores de los informativos de la noche, si no fuera porque a Philip Montgomery acaban volándole los sesos de un tiro que le atraviesa el cráneo. Un instante después un chorro de sangre de un color rojo oscuro sale del hombro derecho del presidente.

Con el segundo disparo la escolta personal del mandatario reacciona. Uno de los agentes del Servicio Secreto lo tira al suelo con fuerza y se tumba encima de él para cubrirlo con su propio cuerpo. Los otros tres agentes lo rodean formando un triángulo protector. El agente al que se le habían caído las gafas de sol se planta justo delante del presidente con las piernas separadas, entre las cuales se ve el rostro del gobernante, con sus ojos azules desorbitados por el pánico y el dolor.

La imagen da vueltas, mostrando en su recorrido errático una franja de cielo azul, un pedazo borroso de vegetación y las aspas en movimiento del helicóptero. Cuando la cámara vuelve a enfocar su objetivo, se ve a los agentes arma en mano rastreando la zona desesperadamente en busca de un blanco. De repente, uno de ellos apunta hacia

arriba, al risco, y su pistola comienza a disparar al aire. Mientras tanto, el asesino abre fuego por tercera vez. El proyectil impacta de lleno en la frente del agente que está tumbado encima del presidente, pasando a menos de cinco centímetros de su rostro. Más tarde, los expertos atestiguan que la bala se coló entre las piernas del agente apostado delante del mandatario.

Las últimas imágenes congeladas en la pantalla muestran el cuerpo de Montgomery, con las extremidades dobladas en una posición incómoda. A continuación, se ve un primer plano del rostro del presidente convertido en una máscara teñida de rojo por la sangre que mana de la frente del agente que ha muerto protegiéndolo.

## Capítulo 1

La recepcionista, oriunda de Boston, de cincuenta y tantos años, dura y brillante como el acero inoxidable, arqueó una ceja en un gesto de desaprobación al ver entrar a DeMarco en las oficinas de Mahoney.

—Llega tarde —observó ella—. Y hoy está de mal humor.

—Pues, si llego tarde, supongo que no tendré que esperar para entrar —dijo DeMarco.

La recepcionista estaba casada con un próspero contable, un hombre afable, enjuto, pulcro y considerado. Las poquísimas veces que hacían el amor fantaseaba con fornidos obreros de la construcción italianos. Antes solía soñar con negros de torso musculoso y cabeza rapada, pero en los últimos meses habían comenzado a aparecer en su mente hombres de aspecto similar a DeMarco: cabello oscuro, ojos azules, hoyuelo en el mentón a lo Travolta y brazos y hombros hechos para ir en camiseta imperio. Sin embargo, se tratara o no del hombre de sus sueños, ella no aprobaba la impuntualidad, ni tampoco la falta de seriedad.

—No, puede tomar asiento —repuso la recepcionista, esbozando una tensa sonrisa—, y dentro de unos minutos, cuando me haya acabado el té, le diré que está usted aquí. Luego le hará esperar veinte minutos más mientras habla con gente «importante» por teléfono.

DeMarco sabía que quejarse no le serviría de nada. Así pues, accedió a sentarse y cogió un ejemplar de *People* del

montón de revistas apiladas encima de la mesa de centro que tenía delante. Era un adicto al cotilleo de Hollywood, pero se habría dejado torturar hasta la muerte antes de reconocerlo.

Treinta minutos más tarde entró en el despacho de Mahoney, al que encontró enzarzado en una conversación telefónica unilateral.

—No me jodas, hijo —estaba diciendo Mahoney—. Como me lleves la contraria en este asunto, de la única forma que verás el Capitolio el año que viene será desde un autobús turístico. Lo que tienes que hacer es votar como yo te dije y dejar de prometerme cosas que nunca deberías haberme prometido.

Mahoney colgó el teléfono de golpe y masculló «Inútil» antes de dirigir sus ojos azules y vidriosos hacia DeMarco.

—¿Has visto a Flattery? —le preguntó Mahoney.

DeMarco se sacó un sobre sin remitente del bolsillo interior de la parte delantera de la chaqueta y se lo pasó a Mahoney. Ignoraba lo que contenía el sobre, y así se lo hizo saber con un gesto a Mahoney, quien procedió a abrirlo para extraer de él un papel con el tamaño y la forma de un cheque. Tras echar un vistazo al documento, profirió un gruñido que tanto podía ser de enfado como de satisfacción y arrojó el papel dentro del cajón central de su mesa.

—¿Y la tía de Whittacker? —inquirió Mahoney.

—Testificará en el juicio.

—¿Qué has tenido que darle a cambio?

—Mi palabra de que no le diría a su marido con quién se había acostado.

—¿Nada más?

—Ha firmado un contrato prematrimonial.

—Ya —dijo Mahoney. La codicia no era algo que le sorprendiera... ni ninguna otra flaqueza humana—. Así que esos cabrones de Stock-Options R. Us se pasarán dieciocho meses en una cárcel de lujo, los que han perdido su pensión tendrán que tirar de precocinados el resto de su vida y

ella conseguirá la portada del año en *Time* por haber descubierto el pastel. Qué fuerte.

DeMarco se encogió de hombros. No había mucho más que decir.

—¿Necesita algo más? —preguntó a Mahoney.

—Pues sí, quiero que...

Mahoney dejó de hablar, distraído por sus adicciones. Tras encenderse de nuevo un puro que tenía a medio fumar, se estiró para coger un gran termo Stanley que había encima del aparador situado detrás de su mesa. El termo tenía golpes y rasguños por todas partes y se veía cubierto de pegatinas de sindicatos. Mahoney se sirvió el contenido del termo y un olor a café recién hecho y *bourbon* añejo llenó la habitación.

Mientras Mahoney se tomaba su carajillo matutino, DeMarco analizó con detenimiento aquel cúmulo de contradicciones que tenía sentado ante él. Mahoney era un alcohólico, pero también muy competente; pocas personas conseguían sobrias lo que él había logrado estando ebrio. Era un adúltero empedernido, pero estaba enamorado de la que era su mujer desde hacía cuarenta años. Estiraba las leyes del llamado «dinero blando» como si fueran de goma y aceptaba tributos de los grupos de presión como si fueran un deber real, y aun así era el mejor amigo que el ciudadano de a pie tenía en el Congreso. John Fitzpatrick Mahoney era el «portavoz», es decir, el presidente de la Cámara de Representantes de Estados Unidos, y únicamente el vicepresidente se interponía entre él y el Despacho Oval en caso de que cayera el presidente. DeMarco dudaba de que los padres fundadores de la Constitución tuvieran en mente a alguien como Mahoney a la hora de redactar la Vigésimoquinta Enmienda.

El portavoz medía poco más de metro ochenta, más o menos como DeMarco, pero este siempre se sentía pequeño a su lado. Mahoney tenía un pecho robusto y un vientre aún más robusto, y daba la impresión de ser un

hombre totalmente equilibrado, incapaz de ir apurado, ponerse nervioso o encenderse. Tenía el cabello cano y abundante, la tez rubicunda y los ojos azul cielo, con el blanco surcado de unas permanentes venitas rojas. Su rostro, definido por unas facciones grandes y bien formadas, con la nariz pronunciada, el mentón prominente, los labios carnosos y la frente ancha, proyectaba fuerza, dignidad e inteligencia. Era el rostro propio de un hombre elegido para ocupar un cargo nacional cada dos años.

—Quiero que vayas a ver a Andy Banks —dijo Mahoney tras tornar el último sorbo del carajillo.

—¿Al secretario de Seguridad Nacional?

—Eso es. Necesita ayuda.

—¿De qué se trata?

—Ni idea. Anoche estábamos con este tema y me comentó que tenía un problema. Algo personal. Se ve que le dijeron que yo contaba con alguien que investigaba cosas.

DeMarco asintió. Ese era él: alguien que investigaba cosas.

—Ve a verlo esta misma mañana. Está esperándote.

—¿Y el asunto de Trenton?

—Tendrá que esperar. Ve a ver a Banks.

## Capítulo 2

Andrew Banks, secretario de Seguridad Nacional, era un general de tres estrellas de los marines, retirado. Tenía cincuenta y nueve años, y era alto y de vientre plano. El traje marrón y la corbata verde oliva que vestía recordaban el uniforme que había llevado durante treinta y tres años. Tenía la nariz prominente, el pelo cano cortado al rape y una boca que parecía un tajo sobre una barbilla saliente. DeMarco se fijó en que sus ojos, ligeramente aumentados por unas gafas con montura metálica, eran de un tono gris como el de los clavos para tejados.

Detrás de la mesa de Banks, flanqueada por dos banderas de Estados Unidos, había una fotografía enorme del World Trade Center anterior a los atentados del 11-S. Las torres gemelas se veían en un ángulo contrapicado en el que se alzaban, blancas y prístinas contra un cielo azul perfecto, aparentemente invulnerables. La imagen era un vivido y silencioso recordatorio de las responsabilidades de Banks.

DeMarco se sentó en una de las tres sillas dispuestas en semicírculo frente a la mesa de Banks. El asiento era tan incómodo que DeMarco se preguntó si la habrían utilizado en una sala de interrogatorios de Guantánamo.

—John Hastings, miembro del Congreso, me ha hablado de usted —dijo Banks—. Me ha contado que estaban presionándolo para influir en su voto. No ha querido decirme quién ni cómo, pero me ha explicado que fue a pedir ayuda a Mahoney y, cuando quiso darse cuenta, ahí estaba

usted, husmeando a sus espaldas. Según él, es usted una especie de «resuelveproblemas».

Banks se calló como si esperara una respuesta por parte de DeMarco, pero este, al no oír pregunta alguna, se abstuvo de hablar, como habría hecho un testigo prudente en un juicio.

—Pues resulta que tengo un problema, puede que de los grandes, y no quiero que se entere mucha gente de ello. Estaba dándole vueltas a la cabeza sobre qué podía hacer al respecto cuando vi a Mahoney en el acto de anoche, y aproveché para preguntarle por el tal DeMarco del que había oído hablar. ¿Y sabe lo que me soltó el muy capullo? Que no conocía a ningún DeMarco pero que esta misma mañana lo tendría en mi despacho. Y luego me dejó allí plantado y se puso a ligar con una chica la mitad de joven que él.

Seguro que le triplicaba la edad, pensó DeMarco.

—El caso es que no sé nada de nada de usted.

—Soy abogado —le reveló DeMarco.

—¿Abogado? —repitió Banks.

Los abogados de Washington que Banks conocía parecían desenvueltos y sofisticados, capaces de colarse hasta por debajo de una puerta hermética. En cambio, aquel DeMarco tenía pinta de corredor de apuestas italiano lisiado por un disparo en la rodilla.

—Pero también trabaja como investigador, ¿no es así? —preguntó Banks.

—Sí, a veces —contestó DeMarco, removiéndose en su incómodo asiento—. General, ¿va a llegar a decirme en algún momento cuál es el problema que tiene para que yo pueda decirle si puedo ayudarle o no?

Banks sonrió. Era la clase de sonrisa que traslucía que para él sería un auténtico placer llevar a DeMarco al aparcamiento y darle una buena paliza.

—Mire, estoy intentando decidir si quiero contratarlo o no, y usted no pone mucho de su parte, sentado ahí sin de-

cir ni mu.

—General, esto no es una entrevista de trabajo ni usted va a contratarme. A mí me paga el gobierno federal. Estoy aquí porque el portavoz me ha dicho que venga a verle.

Banks abrió la boca con la intención de echar una bronca a DeMarco como solía hacer con los reclutas en la base de Parris Island, pero entonces recordó que el hombre que tenía enfrente no era un soldado raso.

—Maldita ciudad —masculló, moviendo la cabeza de un lado a otro.

DeMarco entendía la frustración del exmilitar. Tampoco a él le gustaba la capital la mayor parte de los días.

Banks se levantó de la silla y se acercó a la ventana. Dando la espalda a DeMarco, se metió las manos en los bolsillos y se quedó mirando el tráfico que circulaba por la avenida Nebraska. En menos de treinta segundos sopesó las opciones que tenía —como buen oficial, estaba cualificado para tomar decisiones en poco tiempo— y se volvió hacia DeMarco.

—Maldita sea, he de hacer algo con este asunto —confesó—. Tengo demasiadas cosas entre manos y no sé de dónde sacar el tiempo para buscar a otra persona. Además, Hastings me ha hablado bien de usted. Y Hastings estaba en el cuerpo, por si no lo sabía.

*Semper fi*, estuvo a punto de soltar DeMarco, recordando el lema de los marines, pero reprimió su ocurrencia.

—Pues no, no lo sabía —optó por decir antes de removerse de nuevo en el asiento.

Notaba como si la silla, lejos de estar acolchada, tuviera una fina capa de tela extendida sobre la madera más dura del mundo. O quizá no fuera madera, sino metal o aquel material del que estaban hechos los cuernos de los rinocerontes.

—Está bien —dijo Banks—, pero tiene que prometerme algo. Tiene que prometerme que mantendrá todo lo que

voy a contarle en el más estricto secreto, y que no hablará con nadie más de ello. ¿Me lo promete?

—Se lo prometo —respondió DeMarco.

Pensó en levantar la mano derecha al contestar, pero concluyó que eso ya habría sido pasarse.

Banks estudió el rostro de DeMarco en busca de una mirada nerviosa que delatara falsedad, pero DeMarco, embustero de profesión como era, no dejó entrever nada. Y lo cierto era que estaba mintiendo.

—Será mejor que esté diciendo la verdad, amigo, de lo contrario le arrancaré la cabeza y me cagaré en su pescuezo.

DeMarco miró su reloj. Sospechaba que el problema de Banks sería un asunto familiar; puede que uno de sus hijos estuviera metido en un lío o que su mujer tuviera una aventura con alguien humano.

—Está bien —dijo de nuevo Banks antes de respirar hondo por su enorme nariz para llenarse los pulmones de aire como si se dispusiera a sumergirse en aguas profundas—. Quiero que investigue a un agente del Servicio Secreto llamado Billy Ray Mattis.

—¿Un agente?

—Eso es.

Aquel nombre le sonaba.

—¿A qué tipo de investigación se refiere? —inquirió DeMarco.

—Quiero que... —Banks dejó de hablar.

—¿Sí? —le animó DeMarco.

Conseguir que aquel tipo soltara lo que tenía en la cabeza era tan difícil como intentar quitarle las bragas a una virgen. Al final se rompió el dique.

—Quiero que averigüe si Mattis es cómplice del intento de asesinato del presidente.

—¡Vaya! —exclamó DeMarco, dando un respingo—. Pare, pare. No siga —añadió, sacudiendo la cabeza con un gesto de incredulidad ante lo que acababa de oír—. Ade-

más, creía que el tipo que disparó al presidente había actuado solo.

—Ya —dijo Banks—. Seguramente fue así.

Es ridículo, pensó DeMarco.

—Mire, general, ¿no quería saber quién soy? Pues se lo diré. Soy un abogado que hace trabajitos para el Congreso. Así de claro. Si un elector se pone pesado, yo le pongo en un aprieto. Si un miembro del Congreso cree que su hijo se droga, yo lo averiguo antes de que el chico termine dando problemas. Si un político sospecha que su mujer le engaña, yo me aseguro de que no se esté tirando a un periodista. Eso es lo que hago, señor. Cosas pequeñas. Minucias. Los asesinatos me vienen grandes. Demasiado grandes. Así que si de verdad cree que ese agente tuvo algo que ver con el atentado, debería hablar con el FBI.

—No quiero hacer eso —repuso Banks—. Al menos, no todavía.

—Pero ¿por qué no?

Banks no le contestó. Se limitó a quedarse callado, con cara de culpabilidad, terquedad y fastidio al mismo tiempo.

En los cuatro días transcurridos desde el atentado, Banks y Patrick Donnelly, director del Servicio Secreto, habían sido interrogados por el FBI. La prensa había acampado a la salida de sus casas a la caza y captura de alguna información y el Congreso, en un rápido y excepcional gesto de unidad, había reunido una comisión que se había dedicado a acribillarlos a preguntas durante horas para intentar averiguar cómo era posible que la seguridad del presidente se hubiera visto en peligro de un modo tan desastroso. Banks había tenido multitud de oportunidades de hacer públicas sus sospechas acerca de la posible implicación de un agente del Servicio Secreto en el atentado, y aun así ahí estaba, asegurando a DeMarco que no podía hacerlo.

DeMarco sabía que debía marcharse. Levantar el culo de aquella puñetera silla y salir de allí sin mirar atrás. Tam-